

hoy escribe

Antonio Alvarez Solís (*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

El saber profundo

De súbito surge la sabiduría de su capa más profunda, allá donde justamente se genera, antes de que los sabios se la apropien, previamente al discurso convencional y suficiente. La sabiduría como palabra originaria, como sugestión primera, como propuesta inicial a partir de la que todo puede desarrollarse después, incluido lo complejo, lo inmensamente complejo.

Es decir, oigamos a María Teresa. Pero ¿quién es María Teresa? A María Teresa me la encuentro en las ondas, ella al otro lado del eter; yo, al pie del micrófono. No sé qué rostro tiene. No adivino sus años. Ni siquiera barrunto de dónde viene y a dónde quiere ir. Nos une el sólo y vaporoso vínculo del tema que reflexionamos juntos: la participación política, en hora tan bja. María Teresa cree —yo también— que el ciudadano del común se aleja crecientemente del marco institucional, que no confía en la propuesta del poder, que no se ve reflejado en la estructura de gobierno, en una palabra, que no se siente cómodo en las instituciones. Alguien pregunta a María Teresa: «¿O sea que usted no estima nuestra democracia?». María Teresa confirma que no. Y la voz que la acusa persiste: «¿O sea que usted declara implícitamente más viable el régimen anterior?». Y María Teresa niega también. Pero aclara algo importante: «Durante el régimen anterior sabíamos lo que no queríamos y marchábamos anudados por ese saber. Tal situación generaba una conciencia hermosa de sí misma por parte de la ciudadanía. Era como si por dentro fuéramos más libres para oponernos a la opesión externa. Pero ahora ¿qué genera el poder enga-

ñoso sino dispersión y fatiga? ¿Contra quién iremos si nos han dicho que ya no es hora de ir contra nadie, conseguida la vida meliflua de la democracia?». Y al llegar ahí, a este punto, es cuando María Teresa resume su profunda tristeza de ciudadana desahuciada: «Hemos pasado de algo que no queríamos a algo que no entendemos».

Atentos: ahí está la tesis. Leamos la frase con sumo cuidado: hemos pasado de algo que no queríamos a algo que no entendemos. Triste situación. Porque no querer algo equivale a querer otra cosa, a buscar otra cosa, a sentirse íntegro y verdadero dentro del propio ser que se mueve entre dos seguridades: la seguridad de no querer y la certeza de lo alternativamente querido. Pero no entender algo, sobre todo cuando ese algo es fundamental —como letal o como vivificante—, es lo mismo que disolverse de fronteras, que perder la identidad, que expandirse por el aire hasta hacerse inmensamente tenue, materialmente incorpóreo. No entender vale como no ser. Y María Teresa ha pasado a no entender lo que le pasa. Luego, María Teresa ya no es o bien está a punto de no ser.

Yo diría que en la frase ilustre —propuesta de gran tesis doctoral— alienta un inmenso, casi un infinito patetismo; un patetismo melancólico, desahído de perfiles, apenas doloroso, pero disolvente del mismísimo tuétano humano. Es la frase de María Teresa la palabra de alguien que al final del largo pasaje por el desierto halla que no existe paraíso.

Pero ¿quién es María Teresa, qué siente en el fondo de su corazón María Teresa? María

Teresa no tiene rostro, no posee identidad mayor, es, simplemente, una voz que vaga por el eter en busca de destino en otro sentimiento. Quizá el mío. Pero si es así debo plantearme otra cuestión asimismo gave: ¿Quién soy yo? Yo no entiendo tampoco nada y vengo de una pasión que me llenaba las manos. ¿Qué han hecho de aquella pasión los que me habían invitado ardorosamente a ella? Sé que me he quedado sin pasión. Y que me pesan los huesos, hace poco juveniles aún en la sabrosa imaginación del camino. Sí, sí, sí; nos han dejado sin camino. Caminante no hay camino. El resto de la frase no existe ya. Han asesinado al poeta. A orillas del Duro, Extrema-Douro, el poeta ha vuelto a morir. María Teresa sabe que ha muerto el poeta, pero como pertenece al pueblo no sabe quién es el poeta, aunque está segura de su existencia. Todo esto resulta aflictivo, desconso-lador. María Teresa está, pues, atribuida.

Hago una constatación apasionante: Creo que María Teresa soy yo. Lo expongo así a mis compañeros de la radio. Y un coro ancho se enciende en la misma afirmación: Y yo. Y yo. Y yo. Es decir, todos somos María Teresa, porque su sabiduría ya nos pertenece. Ahora vendrán los sabios y se adueñarán de esa sabiduría y harán con ella anillos y collares blancos.

Pero el hecho es que a estas alturas de nuestra vida democrática sólo sabemos que hemos pasado de algo que no queríamos a algo que no entendemos.

¡Menudas alforjas para viaje tal!

(*) Escritor

Nazio arazoa gailen

Berrito ere irratiek bart jakin crazy zutenez, hilak gertatu dira Stepanakert-en, Goiko Karabakh-en. Armenia-rrin eta Azerien artean, beraz; eta Armenia pasatzeko eskabidea gero eta azkarrago ageri den eskualde horretan.

Oso interesgarria da, beraz, Hélène Carrère d'Encausse frantses sobietologoak joan den astean argitaratu duen artikulua (ikus «Nouvelles de Moscou», 28; Uztailaren 7-13koa). Nazio-arazoa konpontzea, «Gorbatxof-ek daukan problemarik premiatsuena» dela dio.

Nazio-arazoak hiru izari ditu han:

1.- Estatu Baltikoena: Estonia, Letonia eta Lituaniak beste status bat eskatzen dute harrigarriko indarrez.

2.- Musulmanak dauden errepubliketan (eta musulmanak nagusi dira sei errepublikatan, ez baita ahantzi behar) bortizkeria gertatzen ari da behin eta berriz. Eta ez Azerbaijan-en eta Kazakstan-en bakarrik.

3.- Errusiarrak, atzeratutako eskualde guztiak aurrera ateratzeko bultzada neketsu horretan, gehiegi ordaindu behar izan ote duten zalantza dute; eta errusiar abertzalckeria azkartzen ari da.

Halaz ere, orain nagusi den Politburroan, baltikarrek eta ez-errusiarrek, oro har, ez dute ordezkartzarik ia-ia. Burgesia aspaldi desagertu zen Sobietar Batasuncan. Baina nazio-arazoa hor dago, tinko; Gorbatxofen arrakasta miresgarriak arrisku larritan jartzeko moduan.

TXILLARDEGI

hemeroteca

¿Qué es el socialismo «vasquista»?

(Gregorio San Juan, escritor, militante del PSOE, «El Correo Español», 14-7-89)

El PSE-PSOE, aunque ha perdido muchos sufragios, continúa en segundo lugar, lo que hace razonable pensar en la continuidad del pacto, que se verá reforzado en un futuro inmediato. El pueblo tiene conciencia de que, por fin, se ha logrado una coalición eficaz, que estabiliza y hace gobernable el país y neutraliza la acción de los radicales de cualquier signo.

Esta euforia, justificada en cierta medida porque nos permite ver un panorama mucho más risueño que el que hemos contemplado hasta ahora, ha llevado a Jesús Eguiguren a plantearse una cuestión que va más allá de los postulados de su partido, el Partido Socialista Obrero Español. Se trata, dice, de «construir un nuevo socialismo». Un socialismo vasquista. De aproximarnos ideológicamente a los que han sido tradicionalmente nuestros adversarios desde que el socialismo puso los pies en esta tierra.

(...)

Para los definidores de este nuevo socialismo se trataría, parecer, de ser más vascos que lo que hemos sido hasta ahora. De ser tan vascos como los otros. De asumir sus señas de identidad. De dejar de ser eso que siempre han dicho de

nosotros y que a algunos les producía una enorme desazón: *españolistas*.

Los que hemos rechazado siempre el término *españolistas* porque nos ha bastado con ser españoles, rechazamos con igual energía lo de *vasquista*, porque nos basta con ser vascos, porque eso de *vasquista* es un término vacío de contenido, un mero *flactus vocis*. En los esquemas mentales de un hombre de aquí no significa nada. Pienso que habría que retorcer mucho la letra de nuestros textos para acomodarnos a esa nueva y desafortunada definición. Una cosa son los pactos, los acuerdos coyunturales, la estrategia de la colaboración o ese gesto tan noble, tan eficaz de la mano tendida y otra cosa es el reblandecimiento de la ideología que fundamental nuestra razón de ser.

Violencia y cambio político

(Juan Luis Cebrián, «El País», 13-7-89)

Para mí la revolución significa que el cambio rápido es estructural y violento. Todo ello afecta a la conciencia de los intelectuales, fundamentalmente a los intelectuales europeos de izquierda, porque entonces tienen que plantearse un juicio moral sobre el uso de la violencia, el terrorismo, y el terror de Estado también, en la vida política.

Si analizamos las grandes revoluciones históricas triunfantes, sea la

francesa, la soviética u otras, como la cubana, vemos que todas ellas han utilizado el terror y de manera muchas veces brutal para asentar su poder en el cambio político que han producido. Y también vemos que algunas otras revoluciones que no han utilizado este terror, como puede ser la nicaragüense, tienen enormes dificultades precisamente para asentar su poder. Entonces, yo creo que este problema de la violencia y del terror plantea interrogantes inevitables, y los intelectuales no deberían rehuir el riesgo

moral a la hora de pronunciarse.

(...)

Cientos de miles de emigrantes negros o norteafricanos están ocupando Europa en los últimos años, y aunque viven en Estados de derecho, en muchas ocasiones no sólo no son amparados por las leyes de esos Estados, sino que se ven rechazados violentamente por las instituciones política y legales de los países europeos. Si esos emigrantes desataran un proceso revolucionario y terrorista en Europa, me pregunto, ¿cuál sería la actitud de

los intelectuales europeos frente a ello?

Yo, desde luego, no tengo la respuesta a estos interrogantes, pero es evidente que pasamos muchas veces demasiado de prisa sobre el uso del terror y la violencia política como forma integrante y definitiva de la revolución, un terror que procede del convencimiento, primero de que el fin justifica los medios, y segundo, de que la única manera de asentarse sobre el poder revolucionario es precisamente eliminar cualquier otro poder.



«El Independiente»